

## III

## JUAN DÉ GUZMÁN

Noble tarea es la de exhumar las vidas de los hombres ilustres, pues con ello a más de rendir tributo a sus méritos y de enriquecer la Historia, maestra de eterna enseñanza, sirven sus biografías de acicate a los que las leen, para imitarlas.

Juan de Guzmán pertenecía a aquella generación de gigantes que conquistó el Nuevo Mundo. No fué figura de primera fila; pero sí capitán experto y bizarrísimo hidalgo que hacía honor a las elevadas enseñanzas que en su casa recibiera por sus virtudes caballerescas, por la nobleza que demostraba en todos sus actos, herencia santa que indudablemente le dejaron sus mayores.

No tengo datos para consagrarle un amplio estudio. Las notas que sobre él saco a luz las tomé cuando reuní los materiales para escribir mi obrita *Apuntes sobre los extremeños que siguieron a Hernando de Soto a La Florida*.

Parece ser que su aspecto físico no guardaba relación con el temple de su alma valerosa, atrevida. Era de constitución endeble, por lo que a buen seguro que un conocido escritor de nuestros días hubiera dicho de él, que «era su cuerpo un arca muy endeble para guardar un espíritu tan recio y tan grande como el suyo.»

Hijo dignísimo de su tiempo, soñador y aventurero, quiso ilustrar por sí su nombre y alcanzar pingüe fortuna en aquella tierra virgen, en aquel mundo exuberante que hoy mismo no puede sustraerse la imaginación a engrandecerlo y poetizarlo.

Ignoro cuándo marchó a las Indias. Únicamente sé que en las huestes del insigne caudillo, del capitán que peleaba como héroe y tenía magnanimidad de santo con el vencido, del inteligente general, del caballero sin tacha que se llamó Hernando de Soto, fué a La Florida. Y allí fué testigo y actor de épicas hazañas; allí demostró su valor como soldado, sus dotes de mando como jefe, y su inteligencia e intrepidez para dirigir embarcaciones.

En la relación de la campaña se le cita varias veces para elogiarle. Donde primero acreditó su heroísmo, su impavidez fatalista para afrontar los peligros, fué en Chuaza. Cierta noche, los seminolas llegaron formando un lucido escuadrón muy cerca del sitio donde estaba la compañía que mandaba Juan de Guzmán,

dispuestos a atacarle con brío. El se dió cuenta y corrió veloz a hacer pagar cara su osadía a los enemigos, y al distinguir entre ellos un jefe que empuñaba un estandarte, ni corto ni perezoso le arremetió con su lanza; pero tuvo la desgracia de errar el golpe, y entonces el «abanderado» logró acercarse hasta él y derribarle de su caballo, pudiendo afirmarse que sobre el campo de combate hubiera quedado el esforzado Guzmán, no obstante sus titánicos esfuerzos para defenderse de su contrincante, de no haber acudido en su defensa sus dignos soldados.

Después de tan comprometidos momentos, profunda amargura debió experimentar el ilustre hijo de Talavera de la Reina que me ocupa, si se hizo cargo, como se lo haría, que su corazón lo había llevado más lejos que donde sus fuerzas le dejaban, toda vez que el indio era un atleta y él no tenía robustez para afrontar tan desigual pelea.

El fuerte de Abilano lo consideró Hernando de Soto como posición importantísima. Tanto por el punto estratégico que ocupaba, cuanto por el efecto moral que causaría apoderarse de él, resolvió que su ejército lo atacara. Hacerse dueños de las tres puertas que tenía en su frente, era empresa muy comprometida, pues una torpeza cualquiera hubiera estropeado el plan de combate. Los capitanes que los acometieron tenían que ir dispuestos a vencer o a morir, y reunir muy apreciables condiciones. Los tres que honró el Adelantado para tan difícil y arriesgada comisión, fueron: Juan de Guzmán y los extremeños Alonso Romo de Cardenosa y Gonzalo Silvestre. El pabellón extremeño y el toledano quedaron a gran altura en tan sangriento hecho de armas, y con esto está dicho todo. Los tres se cubrieron de gloria.

En el pueblo de Tula hizo honor también a la brillante reputación que había conquistado, batiéndose «con corage», según la frase de un historiador de entonces.

En Aniho desempeñó una comisión que le dió su general, para la cual tuvo que embarcarse con su compañía, acreditando cuán acertado estuvo Soto al encomendársela.

Fuó también Guzmán uno de los capitanes que cumplieron con la triste misión de enterrar en el Misipipi al benemérito Adelantado.

Acabó su paso por el mundo cuando regresaban de La Florida, víctima de la locura que llevó a cabo el soldado Esteban Añez. Al tratar de este sujeto en mi citado libro, consigné:

«Añez, era en efecto valiente como la mayoría de los hombres de aquella época en que España asombraba al mundo con las proezas de sus hijos; pero si bien es cierto que como soldado bizarro cumplió con su deber en los reñidos encuentros que las fuerzas de Soto tuvieron con los indios, no sobresalió tampoco de los límites ordinarios.»

«Por las referencias que de él hacen algunos historiadores, pertenecía a modesta familia, y no se distinguió por la finura.»

«Cometió una locura grandísima, cuyas consecuencias fueron funestas, pues costó muchas vidas. Anhelando a todo trance hacer algo para singularizarse, cuando el Ejército que mandó el insigne Soto se dirigía quebrantadísimo a tierra mejicana, se adelantó en una canoa con otros cinco españoles, a los que ya había convenido con el pretexto de hablar al general Moscoso, y acometieron con fiereza a una infinidad de indios.»

«El Gobernador, comprendiendo en seguida el desatino que intentaban realizar, les ordenó enérgicamente que desistieran de su intento; mas todos los mandatos los desatendieron. Entonces dispuso Moscoso que cuarenta y seis soldados marchasen por los desobedientes, para imponerles el debido correctivo y especialmente al cabeza de motín, y los leales que se apresuraron a cumplir lo dispuesto por el general en jefe pagaron el desequilibrio de Añez, pues los indios, realizando hábil maniobra, lograron vencerlos echando a pique las canoas en que iban. Únicamente se pudieron salvar cuatro de los nuestros.»

En aquella ocasión, Juan de Guzmán lució su destreza de navegante y su valor como capitán. Su embarcación libró de segura muerte a dos de los cuatro que sobrevivieron al recio combate, y recoger moribundos al esforzado extremeño Juan de Terrán. En cambio él sucumbió a manos de los indios.

Cuando Luis de Moscoso mandó construir los bergantines para regresar de La Florida, encomendó la dirección de uno de ellos a Juan de Guzmán y al tesorero Gaytán.

Muy grato me sería que estas líneas, escritas al correr de la pluma, estimularan a alguno de mis compañeros de esta docta Academia a consagrar un amplio estudio biográfico al denodado hijo de Talavera Juan de Guzmán.

Antonio del Solar Taboada.

Correspondiente.

Badajoz, 1919.